

EL CORPHUS DEL JUEVES

Es jueves, y es fiesta; de esos días que Toledo se queda solo de toledanos a verlas venir. Unos aprovechan para irse a Madrid; otros, a alguno de esos pueblos de los montes, La Sagra, La Jara; donde se tiene guardada la infancia y la mitad de la familia; la que mira llegar a sus hijos pródigos de la capital con expresión sacarrona. En Zocodover hay pocas personas. Son las doce.

De repente, las campanas de la Catedral repican. ¿Porqué repican?, se preguntan los turistas perdidos en las callejuelas. ¿Porqué lo hacen?, se dicen los toledanos que se quedaron en sus casas, metidos en la cama esperando que se desaloje el cuarto de baño. El sacristán mira hacia arriba, pensando en asesinar al monaguillo, y el monaguillo en la sacristía, se imagina que el sacristán, por fin, se ha vuelto rematadamente loco.

Pero cuando en realidad cundió el desconcierto fué al aparecer en plena calle Comercio la miniatura sofocada de Ana Bolena corriendo, como si le persiguiese el diablo. El diablo no era otro que La Tarasca, resoplando y echando espumarrajos por la boca. Cuando logró acorralarla en una esquina -ella histórica-, la levantó con el horrible morro como una catapulta sobre su chepa -ella no dejaba de moverse presa del terror-. Detrás, a paso lento, dos interminables filas de cofrades se balanceaban, como si acabasen de desembarcar de un largo viaje por mar.

La súbita aparición hizo que las ventanas se llenasen de personas asombradas que, luego, recuperadas a medias del estupor, salen disparadas a la calle incrédulas ante lo que ven. ¡Es el CORPHUS!, ¡es el CORPHUS! -gritan por los patios alertando a sus vecinos. Pero al llegar a la calle se encontraron que era tanta y tanta la gente que se agolpaba que era imposible ver nada. Y cuando se fué la gente, la calle quedó tan desierta como antes. ¡Qué raro! -se decían unos a otros-.

La procesión del domingo siguiente fué un desastre. Ninguno de los participantes se explicaba porqué no había nadie -salvo varios extranjeros que salieron a ver las tiendas de damasquinos-. Las palabras de los altavoces sonaron en Zocodover multiplicándose en las paredes, como en un largo túnel; los gorriones volaron espantados. Ninguno de los cofrades allí presentes se atrevió a decir nada. Sólo un seminarista muy joven le musicó a otro: ¡No es posible que todo Toledo esté durmiendo a estas horas!.

GONZALO ALMENARA

EXALTACION (ELEGIA PARA UN MUSICO) EN MEMORIA DEL QUE FUE MUSICO

Me exaltaría que estuvieses aquí pensando mientras escuchamos este concierto lento y sin rodeos para piano, nº 1 en DO MAYOR, para tí la orquesta, el airado movimiento, la pausa, el rígido silencio, el espacio señalado, para tí la brevedad de una bella Obra Poética.

Me exaltaría que estuvieses impulsando el acorde con todo el derecho que impulsa la mano, mira ahora; tiembla el violín, se encrespa tembloroso el laud y crépita como la noche

el efecto del violonchelo largo.

Me exaltaría...
Oh el transcurso del concierto sobre la mesa consagrado, el concierto, tuyo, para piano.

Me gustaría. Exáltate, ligero, indolente, obstinado en mente acentuado para que en este trozo final la alegría en movimiento y el alegre con brio te hagan chispear chispeante sobre este, nº 1 en DO MAYOR, pero desbordante !.
Exáltate

FERNANDO NOVALBOS